

# La Responsabilidad del Sociólogo

FRANCISCO CASANOVA ÁLVAREZ

Un mundo que se derrumba estrepitosamente por no tener la habilidad de hacer funcionar sus instituciones está preguntando a las Ciencias Sociales: ¿Qué es lo que sabes? ¿Qué es lo que propones? Y, desgraciadamente, esas preguntas no se hacen sin presión; frecuentemente están planteadas con un: ¡Dínos lo que nosotros queremos oír! ¡Si no . . . !

Robert S. Lynd

La sociología, como disciplina con pretensiones científicas, surge a mediados del siglo XIX con Augusto Comte, como un intento para explicar racionalmente los profundos cambios sociales a que la revolución industrial dio origen y que la economía política —a cuyo desprestigio contribuyeron grandemente los escritos de Carlos Marx— no podía ya explicar. Aunque en el pensamiento de su fundador la sociología fue una disciplina meramente descriptiva, desde un principio llevó implícito el problema de su justificación. Esta preocupación se observa también en el pensamiento de Herbert Spencer y, con ligeras modificaciones, prevalece en casi todos los sociólogos contemporáneos.

Nadie puede negar que la descripción es una de las principales tareas de la ciencia, pero no es la única. El conocimiento por el conocimiento mismo puede ser una postura de “snobismo intelectual” harto corriente, pero no tiene ninguna justificación social. El desarrollo de la ciencia es la historia de la lucha del hombre no sólo para explicarse el mundo que le rodea, sino también por alcanzar mejores niveles de vida; es la lucha por *aplicar* ese conocimiento para *transformar* a la naturaleza de acuerdo con sus fines.

Una ciencia solamente se justifica en la medida en que proporciona al hombre los conocimientos necesarios para resolver sus problemas. De esta manera, hay que buscar la justificación de la sociología en los resultados de su aplicación. Solamente en la medida en que la sociología proporcione al hombre las pautas de acción, las orientaciones generales y particulares de su conducta, las alternativas de solución a los problemas sociales, encontrará plena justificación.<sup>1</sup> Para ello no bastan los argumentos de Robert K. Merton<sup>2</sup> en el sentido de que la sociología del siglo XX está en un grado similar de desarrollo al de la química del siglo XVI, pues esta disciplina —y toda la ciencia— buscó desde un principio su justificación en la aplicación de sus descubrimientos, por muy tentativos que ellos fueran.

Esta cuestión aparece claramente formulada ya por Max Weber<sup>3</sup> a lo largo de su obra *Economía y sociedad*. Para él, la acción y la ciencia son exigencias recíprocas: es la acción racional la que justifica a la sociología como una ciencia “comprensiva” e “interpretativa” de la acción social.

<sup>1</sup> Para una opinión diferente, véase: Ralf Dahrendorf. *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*, Ed. Rialp, Madrid, 1962, p. 11.

<sup>2</sup> Robert K. Merton. *Teoría y estructura sociales*, F.C.E., México, 1964, pp. 16-17.

<sup>3</sup> Cfr. José Medina Echavarría. “Nota preliminar” en Max Weber. *Economía y sociedad*, F.C.E., México, 1964, 2a edición, t. I, p. xx.

Pero la sociología —y, en general, la ciencia social— tiene, además, otro papel importante que jugar: el de ser una disciplina *crítica*. Esta es la función que Carlos Marx le asignara hace más de un siglo y que, recientemente, aparece formulada claramente en la obra de Robert S. Lynd y en la de C. Wright Mills. Para ellos, la principal tarea del científico social es poner al descubierto todas las llagas que aquejan a la sociedad, hacer públicos los problemas, hacer que la gente tenga conciencia de ellos y actúe, hasta donde pueda hacerlo, para que se solucionen.

Recordemos a Lynd cuando afirma:

No habrá ciencia social allí donde no se dude del modo de vivir, en culturas que llaman o piden soluciones a gritos. Este es precisamente el papel de la ciencia social: ser molesta a fin de desconcertar el acostumbrado arreglo por el que nosotros vivimos, así como para demostrar la posibilidad de cambiar en direcciones más adecuadas. Su *rol*, como el de un experto cirujano, es ponernos ante problemas inmediatos para prevenir que nuestros problemas crónicos se vuelven más peligrosos en el futuro.<sup>4</sup>

Tenemos, pues, que la sociología es la ciencia descriptiva, interpretativa, orientadora y crítica de la sociedad.

Es descriptiva porque tiene como función enumerar, organizar y explicar los elementos que integran la estructura social así como los procesos que la hacen cambiar. La estructura social es el marco al que se circunscribe la mayor parte de la vida de la mayoría de los hombres. Como acertadamente dice Mills,<sup>5</sup> en la actualidad los límites geográficos del Estado-nación coinciden con los límites de la estructura social. He aquí el porqué de la gran importancia teórica y metodológica que el concepto de estructura social ha revestido siempre para todos los estudiosos de la sociología. Dejaremos para mejor ocasión la discusión que tal concepto implica pues lo que en este momento nos preocupa son los problemas del contenido ético de la sociología y de la responsabilidad social de sus practicantes.

La sociología es una disciplina interpretativa porque, como dice Weber,<sup>6</sup> tiene que captar e interpretar la acción social, es decir, la forma en que la acción de un individuo está determinada por las expectativas que los demás miembros de la sociedad tienen acerca de su acción y por el propio sentido subjetivo que él les otorga. Después de captar la acción como un hecho, el investigador social está obligado a darle una interpretación dentro del conjunto de pautas de conducta que conforman la estructura social. Este “ajuste” de la acción social a las pautas de conducta sólo es posible mediante la interpretación del sentido subjetivo que el individuo (actor, en la terminología de Talcott Parsons) dio a su acción. El que el investigador social sea objeto y sujeto de estudio al mismo tiempo es lo que convierte a la sociología en una ciencia interpretativa.

En tanto que la sociología como ciencia supone el conocimiento más preciso (“exacto” en términos probabilísticos) de las pautas de conducta y de la estructura social como un todo, está obligada a denunciar todos los males que aquejan a esa

<sup>4</sup>Robert S. Lynd. *Knowledge for what?* Princeton University Press, Princeton, 1939, p. 181.

<sup>5</sup>C. Wright Mills. *La imaginación sociológica*, F.C.E., México, 1964, 2ª edición, p. 149. Textualmente dice:

Dentro del Estado-nación están organizados ahora los medios políticos y militares, culturales y económicos, de decisión y poder; todas las instituciones y los ambientes específicos en que la mayor parte de los hombres viven sus vidas públicas y privadas están organizados ahora dentro de uno u otro de los Estados-naciones.

<sup>6</sup>Max Weber, *op. cit.*, t. I, p. 5.

estructura y a proponer los remedios para su curación. En este sentido, la sociología es crítica y orientadora.

¡Y esta disciplina descriptiva, interpretativa, orientadora y crítica ha de aplicar sus resultados a una sociedad “crítica, heterogénea y dominada por tendencias nihilistas”! <sup>7</sup> Así, la sociología tiene que ser crítica en un mundo en crisis; tiene que ser orientadora de una sociedad desorientada donde las normas de acción y las pautas de conducta se muestran confusas, donde se niega toda posibilidad de valoración y donde existen profundas desigualdades sociales que dividen a su población en numerosos segmentos.

En una sociedad con todas estas características no es de extrañar que cualquier persona que proponga una solución al estado de cosas existente adquiera rápidamente un gran prestigio y monopolice la confianza de la gente. Las expectativas ante los consejos de los “especialistas” dominan momentáneamente el panorama. Pero estas expectativas insatisfechas pronto llevan a la gente al extremo opuesto: de la idolatría del especialista se pasa rápidamente a su completa denigración. A ello, sin pensarlo, han contribuido grandemente los propios especialistas por no haber querido tomar la responsabilidad de una decisión. Y es que la enorme magnitud de las decisiones que deben de tomar los asusta, sobre todo porque ellas pueden afectar a grandes sectores de la población. En la mente del sociólogo y de cualquier científico social estará siempre presente la pregunta siguiente: ¿tengo yo derecho a decidir por ellos? , o mejor, ¿hasta dónde puedo decidir por ellos?

En la pregunta anterior se encierra gran parte del contenido ético de la sociología y de la respuesta que se le dé dependerá en gran medida el esclarecimiento del problema de la responsabilidad social del sociólogo.

Con la ironía que le caracteriza, Mills plantea el problema de las posibles alternativas de acción con que el sociólogo se encuentra en el-curso de su trabajo de la siguiente manera:<sup>8</sup>

I. La primera alternativa es un-querer ser que se encuentra presente en casi todos los sociólogos, desde Comte hasta Mannheim, y que se resume en la vieja tesis platónica del “rey filósofo”. La consigna que estos pensadores lanzan al mundo es la de “ ¡Más poder para el hombre sabio! ”. Esta tesis que tiene como sustrato la creencia en una aristocracia intelectual y en la bondad de ella, aunque profundamente contraria a las tesis liberales burguesas no es necesariamente incorrecta. En el fondo es una petición justa aunque la historia confirma cuan poco eco ha tenido. El propio Mills, quien rechaza esta postura desde un principio, termina diciendo:

Si el ‘filósofo’ fuese rey, yo me sentiría muy tentado a abandonar su reino; pero cuando los reyes no tienen una ‘filosofía’, ¿no son incapaces de un gobierno responsable?<sup>9</sup>

II. El segundo papel, que desde antiguo ha sido el más socorrido, es el de “consejero del rey”. Mills plantea el problema de la pérdida de autonomía moral en los investigadores sociales que han intentado esta salida; sin embargo, aclara, “esto no quiere decir que no pueda ser bien ejecutado el papel de consejero; sé que realmente puede serlo, y que hay hombres que lo están haciendo”.<sup>10</sup> Como en el caso ante-

<sup>7</sup> José Medina Echavarría. “La ciencia social en la encrucijada” en *Presentaciones y planteos: papeles de sociología*, UNAM, Instituto de Estudios Sociales (Cuadernos de Sociología), México, 1953, pp. 49-66.

<sup>8</sup> C. Wright Mills, *op. cit.*, pp. 191-205.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 191.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 192.

rior, el problema planteado por Mills es el de la necesidad de un sistema valorativo que oriente la acción de los propios orientadores de la sociedad.

III. Finalmente, la tercera alternativa “consiste en permanecer independiente, en que uno haga su propio trabajo y elija sus propios problemas, y dedicar ese trabajo a los reyes tanto como a los públicos”.<sup>11</sup> Esta tercera posibilidad parece, a simple vista, la más adecuada de todas pero ¡cuán difícil resulta mantenerse “independiente”! De hecho, la posición independiente sólo puede ser mantenida en abstracto porque en el curso de su vida el científico social está en constante compromiso; su propia independencia implica un compromiso con la realidad que vive y que trata de comprender. El también está valorando conforme a una escala que, desde su particular punto de vista, puede parecerle más justa o más correcta; de esta manera se convierte, sin casi darse cuenta de ello, en juez y parte.

Y es que, en una u otra forma, como rey o como consejero, como individuo o como educador, el científico social se presenta como el puente entre el intelectual y el político. Aunque las personalidades del político y del intelectual parecen oponerse la una a la otra, como acertadamente observó Ortega y Gasset<sup>12</sup> en uno de sus ensayos, el científico social tiene que ser, como intelectual, político y como político, intelectual.

Tradicionalmente el político ha sido concebido como el hombre de acción mientras que el intelectual es considerado como el pensador pasivo. El científico social tiene que ser un intelectual consciente de su papel político y, más que eso, tiene la obligación de actuar. En este sentido no importa si el científico social es rey o consejero, sino si está actuando o no porque la sociología es, querámoslo o no, una disciplina con un riquísimo contenido político.<sup>13</sup> Evadir este papel significa rechazar la responsabilidad con que su propia disciplina lo ha ungido.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 192.

<sup>12</sup> José Ortega y Gasset. “Mirabeau o el político” en *Tríptico*, Espasa-Calpe, Madrid, 1959, 7a edición, (Colección Austral, núm. 181), pp. 11-62.

<sup>13</sup> Sobre este tópico véase, además del libro citado de Mills, la obra de León Bramson. *El contexto político de la sociología*. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1965.